

Ercilla en La Imperial

Escribe: Darío de la Fuente D.

El poeta-soldado Alonso de Ercilla y Zúñiga, muy joven, se encontraba en Londres integrando la comitiva que acompañaba al príncipe Don Felipe cuando llegó Jerónimo de Alderete comisionado por don Pedro de Valdivia para obtener de la Corona la extensión territorial de Nueva Extremadura hasta el Estrecho de Magallanes por el sur y hasta el Océano Atlántico por el oriente, y solicitar, además, el título de Gobernador para Valdivia. Alderete y Ercilla trabaron amistad, y el joven Alonso, entusiasmado por los relatos de la Guerra de Arauco, determinó acompañarlo.

En conocimiento de la muerte de Valdivia, la Corona nombró Gobernador de Nueva Extremadura a Alderete y así, en 1555, ambos partieron a su destino, pero Alderete falleció de fiebre frente a la pequeña isla de Taboga, en Panamá. Ercilla continuó viaje hasta Perú.

En tales circunstancias el virrey de Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, en reemplazo nombró gobernador a su hijo, don García, que zarpó del Callao en febrero de 1557 llegando a Coquimbo a fines de abril. Ercilla había pedido ser incluido en la expedición y venía integrando la tropa que, después de una larga estancia en La Serena, se embarcó en Coquimbo rumbo a Penco. Después de una terrible tempestad que el poeta narra en "La Araucana" arribaron a Talcahuano en donde, encontrando don García la comarca "revuelta", determinó construir un fuerte mientras esperaba refuerzos que llegarían por tierra desde Santiago.

Ya en el teatro de la guerra, desde el primer encuentro con los aborígenes, Ercilla se mostró tan combativo como que alguien dijo que "había hecho con la espada más de lo que hizo con la pluma". Como su jefe, Ercilla se dio cuenta que esos guerreros bárbaros y rudos, extremadamente valientes, no serían sometidos tan fácilmente y que, al decir de Medina: "La noble empresa en que se hallaban empeñados era digna de celebrarse y transmitirse a la posteridad". Participante en cuanto acción guerrera hubo durante su permanencia en la La Araucanía, la historia de Ercilla en Chile en la misma epopeya que emsegó de su pluma en la que incluso se refiere a su paso en piragua desde el continente a la isla Puhuqui en la tan conocida octava:

**"Aquí llegó donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla, que el primero**

**En un pequeño barco desastreado
Con sólo diez pasó el desagüadero.**

**El año cincuenta y ocho entrado
Sobre mil y quinientos por febrero,
A las dos de la tarde el postrer día
volviendo a la dejada compañía".**

En Valdivia, Mendoza había encontrado carta en la que se le comunicaba la renuncia de Carlos V, el 16 de enero de 1556, y la proclamación de Felipe II como Rey de

morado dos años y dos meses en llegar a manos del Gobernador.

Encontrándose ya en La Imperial, antiguo asentamiento de Nueva Imperial, Mendoza dispuso la celebración del acontecimiento con juegos de sortijas, cañas y otros juegos y entretenimientos de la época. Fue en esta naciente ciudad y en días de fiesta en donde Ercilla casi terminó con sus días en el patíbulo.

A pesar de estar enfermo, don García salió a caballo por la puerta falsa de su casa acompañado de Ercilla y de Pedro Olmos de Aguilera deseoso de participar en los juegos y en ese momento ocurrió el imprevisto que pudo costar la vida a Ercilla y a Pineda. El incidente lo relata el cronista Alonso de Góngora Marmolejo. Relata que: "... un otro caballero llamado don Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos. Don Alonso, que lo vido venía a entrar entre ellos, resbólos hacia él echando mano a su espada; don Juan hizo lo mismo. Don García, que vido aquella desenvoltura, tomó una maza que llevaba colgando del arnés de la silla, y arremetiendo el caballo hacia don Alonso, como contra hombre que lo había revuelto, le dio un gran golpe de maza en un hombro, y tras aquel otro. Ellos huyeron hacia la Iglesia de Nuestra Señora, y se metieron dentro. Luego mandó que les sacasen y cortasen las cabezas al pie de la horca, y para el efecto se trajo un repostero y escalera para ponellas las cabezas en lo alto de la horca...". La ejecución debía realizarse al amanecer del día siguiente. Alonso de Góngora Marmolejo, militar español del siglo XVI, estuvo en la Guerra de Arauco a las órdenes de Valdivia, tomó parte en varios combates y acciones de guerra pero es más conocido por su "Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que han gobernado". Falleció en 1578.

Tanto Ercilla como Pineda eran hombres muy queridos en el ejército, de manera que de inmediato se movieron ante el enérgico gobernador todas las influencias posibles para lograr el perdón, pero éste se negó en forma rotunda haciendo cerrar las puertas de su habitación y poniendo guardias a su entrada con la orden perentoria de no permitir el paso a nadie.

A simple vista había desaparecido toda esperanza de salvación para los condenados. Sin embargo, en medio de la consternación que reinaba en el ambiente, una doncella mapuche "con la cual don García solía entretener sus momentos de ocio" (según relata el historiador don Francisco Antonio Encina), llegó hasta la ventana de su habitación acompañada de otra mujer su etnia. Dio algunos golpes, el gobernador abrió y ambas penetraron en su aposento. A la mañana siguiente, cuando los dos reos eran tenidos en la plaza, listos

para su degollamiento, don Pedro de Portugal apareció con la orden de suspender la ejecución de la sentencia, que poco después fue conmutada en prisión.

En su oba, Ercilla lo recuerda:

"Turbó la fiesta un caso no pensado,

Y la celeridad del fue tanta,

Que estuve en el tapete ya entregado

Al agudo cuchillo la garganta:

El enorme delito exagerado,

La voz y fama pública lo canta,

que fue sólo poner mano a la espada,

Nunca sin razón desenvainada..."

Más adelante Ercilla agrega:

"No digo cómo al fin, por accidente

Fui sacado a la capilla injustamente

A ser públicamente degollado".

Pasado este "incidente" que pudo privarnos de "La Araucana", considerada entre las obras más importantes del "Siglo de Oro" de las letras españolas, don Juan de Pineda se fue a Lima y allí tomó el hábito de San Agustín, consagrándose hasta su muerte a la práctica de las virtudes cristianas. Por su parte, Ercilla también se alejó de Chile después de la batalla de Quilapo, esto es, a fines de 1558. En "La Araucana" recuerda este alejamiento:

"Y en un grueso barcón, bajel de trato,

Que velas altas de partida estaba,

sali de aquella tierra y reyno ingrato

Que tanto alán y sangre me costaba:

Y sin contraste alguno ni rebato,

Con el austru que en la popa nos sopla,

costa a costa y a veces engolfado,

Llegué al Callao de Lima celebrado".

Ercilla en La Imperial [artículo] Darío de la Fuente D.

AUTORÍA

Fuente, Darío de la, 1922-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ercilla en La Imperial [artículo] Darío de la Fuente D.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile